

En verdad, ya en nuestra época, la última palabra en psicología la están pronunciando los médicos. Existen muchas teorías preciosamente arquitecturadas, catedrales de encaje que se alzan sobre nubes; pero ninguna nos permite ver el interior de un alma con la claridad que nos prestan las teorías de Freud; los psicólogos golpean el cráneo humano, y gritan: "Queridos señores; aquí dentro suceden estas y las otras cosas; creedme a mí, que he meditado mucho acerca de ello." El famoso médico vienés no hace esto, sino que nos pone en la mano una linterna—todavía no un foco de intensa luz—, y nos dice: "Pase usted, si gusta y mire lo que hay." Vemos aún borrosamente; y en el fondo del pozo, las turbias aguas de lo subconsciente nos desconciertan y espantan; pero vemos.

En España podríamos buscar valiosos ejemplos de esta triunfal ingerencia de la medicina en la filosofía, o mejor—porque conviene dar al concepto la máxima diafanidad—de este naturalísimo dominio de la psicología por la ciencia médica, de la que aquella vendrá algún día a no ser más que una rama. He ahí la literatura del doctor Marañón, a mi juicio una de las más densamente sugeridoras e interesantes entre la que producen nuestros escritores contemporáneos; y los luminosos trabajos de Lafora; y las aportaciones del joven y sabio catedrático santiagués doctor Novoa Santos, cuyo libro *Physis y Psiquis* es tan fuertemente original y profundo.

No entraña pocas posibilidades este vislumbre de la complejidad, que, sin duda alguna, ha de alcanzar con el tiempo la medicina, avanzando por un camino en el que ya ha puesto, resuelta y victoriosamente, sus pies. Pero no es esto todo. Esos mil médicos que cada año salen, provistos de su título, de las Universidades españolas (número excesivo, según el criterio, perfectamente razonado, del señor Francos Rodríguez), no bastarán a cubrir las necesidades de un país de 22 millones de habitantes cuando la medicina se ejerza con mayor sensatez. Porque entonces ni se transigirá con que alguien carezca de médico, ni se tolerará que cada médico atienda más que a un número muy limitado de enfermos. Esta decisión ya se aplica hoy a la pedagogía, y no es posible comprender cómo no se refiere, asimismo, a la profesión médica. Es un vulgar axioma que "no hay enfermedades, sino enfermos"; y se cree, no obstante, que es posible mantener, sin graves y frecuentes errores de diagnóstico, esas consultas multitudinarias en las que falanges de enfermos desconocidos llenan la casa de un doctor afamado, pasan ante su atención enloquecida por un trabajo superior a la humana resistencia, capaz de nublar el más fuerte intelecto, balbucean sus quejas, recogen el récipe, pagan y se van. No; el médico perfecto, que existirá algún día, conocerá minuciosamente a toda su clientela y a su árbol genealógico, y encontrará absurda la pretensión de curar a mil personas a un tiempo.

Naturalmente, cambiarán también los deberes de cada ciudadano con respecto a su propia salud. Por el atraso en que hoy vive la medicina, y, más que nada, por el raquitismo mental de la Humanidad, se procede en asuntos de higiene con tan desenfadada despreocupación que puede afirmarse que, aparentemente, nada hay que nos importe menos. Se concede una gran transcendencia al hecho de que un hombre hiera a otro. Existen, para evitar, indagar y castigar estos hechos, brigadas de guardias, enjambres de policías, falanges de jueces y magistrados. Todos los países sostienen—con un gasto